

Que todo cambie para que todo siga igual

Esta frase le corresponde al ilustre hombre político francés Alphonse Karr hace un buen par de siglos atrás, frase que parece estar todavía vigente en la escena política de muchos países supuestamente democráticos alrededor del globo. Pero con el equivalente de esta frase los lectores más ávidos se pueden también topar en la magistral obra del escritor italiano Giuseppe Tommasi di Lampedusa – *Il gattopardo* o *El Guepardo*, si traducimos el título al castellano. El término de índole político “guepardismo” o “leopardismo” suele ser ubicado en la mayoría de los diccionarios de ciencias socio-políticas y significa más o menos <el cambiar todo para que nada cambie>. Este sintagma nos remite a las revoluciones burguesas que sacudieron todo el continente europeo entre 1846-1849, incitando el apetito de los trastornos socio-políticos de gran peso y magnitud desde el Occidente hasta el espacio balcánico, a raíz de una crisis económica velozmente desarrollada que desde el punto de vista cronológico primero fue ubicada en Francia, donde se estaban confrontando ***ad aeternum*** los dos bandos diametralmente opuestos –**la burguesía**, percibida como la punta de lanza del liberalismo y el nacionalismo **y los hacendados**- el máximo exponente del conservadorismo. Tras la derrota apabullante de Napoleón Bonaparte, que cayó como un trueno sobre los franceses que apostaban todo por su corona de laureles y tras el recuento de los daños y perjuicios, todo apuntaba a que Europa en gran medida retornaría a la antigua orden política aletargadamente sujeta por el régimen absolutista –a excepción de Inglaterra, Francia y Bélgica, las tres regodeándose por ser cunas de un cierto liberalismo donde habían hallado guarida algunos fulanos oprimidos políticamente en sus propios

países, mientras que los imperios Ruso y Habsburgo no podían sencillamente desquitarse de su temible, infausta y chamagosa reputación, en términos metafóricos conocidos como "las cárceles de las naciones". La crisis económica que hace unos párrafos mencionaba, no hizo más que resaltar la manzana de la discordia entre la nobleza latifundiaría y la burguesía liberal, o sea entre la ideología conservadora y la liberal. Estas riñas y desavenencias fueron la chispa que encendió la llama, siendo el hilo conductor de las revoluciones-relámpago cuyas consecuencias, entre otras, fueron el cambio drástico hacia el orden capitalista. Como era de esperarse, los burgueses no escatimaron ningún esfuerzo en imprimirle a las revoluciones un toque personal, en otras palabras, de índole democrático hasta los riñones, dándoles al mismo tiempo el vigor y el dramatismo de la que la historia es testigo. Las revoluciones también dejaron bien espabilados los sentimientos de emancipación nacional, cosechando otra victoria destacable – lograron avivar la conciencia nacional de pertenecer a una cierta nación, hecho que culminó con el desencadenamiento de la lucha por la unidad nacional, de colocar los pilares de las nuevas construcciones estatales modernas, conocidas por el sobrenombre de estados-nación. Por lo que era más que obvio que la burguesía se fuera identificando y acomodando en tales condiciones con la idea de progreso, de empuje hacia adelante, de metamorfosis instantánea de la sociedad basada en principios inamovibles hasta ese entonces, teniendo como punto principal de enfoque la industrialización, el crecimiento gradual de la clase media, el derecho a opinar libremente sin miedo a ser fustigado tras apenas abrir la boca, el derecho de voto universal, otorgado con moderación sin embargo, el derecho extensamente ampliado de la libertad de la prensa escrita, como pilar

de la opinión pública. Lo que la burguesía anhelaba con todo el fervor que una se pudiese alguna vez imaginar era cambiar de página en todos los sentidos, desde amparar y favorecer el desarrollo del ambiente urbano, comenzar a ganar poco a poco la voluntad de los sustentadores del ámbito intelectual, pero sin olvidarse de los obreros que se habían establecido en las grandes ciudades y de los campesinos que no podían dejar de lado la distribución de los latifundios, edificar una estructura social basada en un nivel superior de acceso a la información, y desde luego reconfigurar el mapa futuro de Europa en función a algunas coordinadas decisivas en común –de naturaleza sea étnica, sea cultural, sea artística, pero también moviéndose entorno a los intereses económico-comerciales expansionistas y transfronterizas. Sea como fuere, a lo mencionado arriba, las revoluciones constituyeron el prólogo de las grandes permutaciones geo-estratégicas, políticas y administrativas que contribuirían directamente a la configuración del futuro mapa europeo, al culminar con las dos conflagraciones de escala mundial que indudablemente no podrán ser más que significativas para la historia del siglo XX. Estas revoluciones fueron embadurnadas, ideológicamente hablando, de un tinte liberalista, con su apéndice intrínsecamente nacionalista, en la notable colisión con la doctrina conservadora.

Pero a pesar de haber causado grandes burbujas de conmoción y ondas sísmicas alrededor del continente europeo, a nivel militar, dichas revoluciones que tuvieron el impacto de un terremoto ***macte animo*** (como diría imperativamente Virgilio en su celebre Eneída), sacudiendo como estuviéramos dándole una buena sacudida a un par de almohadas polvorientas, ellas no tuvieron un desenlace muy afortunado, como auguraban muchos, siendo reprimidas, derrotadas y

reducidas al silencio más inclemente en definitiva, pero al menos los burgueses se dieron el gusto de serles concedidas una buena mancuerna de libertades políticas. No se puede negar que las revoluciones inyectaron una dosis de optimismo en cuanto al proceso de unificación de los principales estados europeos, proceso que venturosamente se pudo llevar a cabo en las décadas venideras.

Como dirían los franceses, *revenons à nos moutons*, o sea volviendo a nuestras ovejas, cuando saqué a colación lo de <que cambie todo para que nada cambie>, en el contexto de las revoluciones del cuarenta y ocho, me refería sencillamente a que tras el fracaso de las archimencionadas revoluciones, algunas cosas no cambiaron de manera ninguna – el nuevo emperador del imperio Habsburgo, Franz Joseph, le da la bienvenida a un régimen neo-absolutista (eso significa que pasaron del absolutismo al neo-absolutismo, lo que no puede ser entendido como un cambio de fuerza mayor).

Ya que hablé a cuentagotas de la novela italiana "Il gattopardo", todo el libro da volteretas entorno al fenómeno del Risorgimento, o sea de la unificación estatal del país peninsular. El proceso de unificación fue bastante fugaz y escueto, por eso también se le tacha de incompleto, contando con el protagonismo del conde Camillo di Cavour- el artífice que encabeza dichos trámites en la escena política ,siendo incondicional simpatizante de los principios nacionales, liberales y culturales, y de la singular pero carismática figura del revolucionario Giuseppe Garibaldi, que tras salir a relucir con su intrépida formación militar bautizada " I Mille" (Los mil) en mayo de 1860, fue quien se encargó febrilmente de fomentar la lucha por la unidad nacional, muy a pesar de que Cavour y Garibaldi tenían conceptos/criterios específicamente peculiares en su modo de ver las cosas, ya que

Garibaldi apoyaba la idea de instituir la república ,mientras que el otro era partidario vehemente de la monarquía parlamentaria,pero el mero hecho de que se hubieran aglutinado los dos en la misma batalla , Garibaldi con su espíritu por definición aventurero y folletinesco y Cavour con su particular diplomacia pragmática conllevó a la edificación de un estado italiano en pleno auge. Lo que estaba por ser "corregido" o inmendado era el fantasmagórico abismo económico entre el Norte industrialmente desarrollado y el Sur empobrecido hasta las entrañas que tuvo como repercusión el gran éxodo de la población a finales del siglo XIX hacia países más prósperos de Latinoamérica.

En cuanto a la idea de Europa en los siglos XIX, una vez ya bien amasados y moldeados los estados-nación modernos,a mediados del mismo siglo, el nacionalismo en si va cogiendo tanto ímpetu hasta el grado de llegar a convertirse en una creencia/doctrina de masas,arraigado con creces, conjuntamente con la cristalización y propagación de los principios y las estructuras democráticas. Una contribución firme en este sentido la tuvieron las siguientes personalidades celebérrimas por su notorio aporte en la esfera política de aquel entonces : Otto von Bismarck (Alemania) y el Conde de Cavour (Italia). Ellos se dieron a la tarea de sembrar a diestra y siniestra la convicción de que el nacionalismo es la ideología que mejor conviene a las aspiraciones de la época , ya que la mayoría de las naciones profesaban el ideal de acuerdo con el cual,si éstas lograban recobrar sus fronteras en plena sintonía con el derecho a la autodeterminación,cualquier causa conflictual que pudiese ensombrecer las relaciones inter-estatales sería automáticamente erradicada y a partir de aquí,una paz cosechada de modo natural sobresaldría en el panorama social-político para brillar con luz propia.

Pero al siglo XIX no le corresponde únicamente el apodo de "siglo de las nacionalidades", sino también el de "siglo del imperialismo". No podemos descartar de ninguna forma el hecho de que los superpoderes europeos pasaron a convertirse en poderes coloniales, surgiendo como núcleo un mundo eurocéntrico donde los intereses político-económicos imperarían a carta cabal en el modo de pensar y actuar de los estados, mientras que el ideal de tener un continente unido pasó a ocupar un lugar bochornosamente trasero. Otra cosa que sencillamente no podemos perder de vista es que desde siempre, Europa ha sido la viva encarnación de algo muchísimo más hondo e impenetrable que una simple noción geográfica al azar- desde siempre se ha mantenido en una posición distinguidísima por ser un continente con una identidad propia, particular y prodigiosa a lo largo de los siglos. Tras haberse consignado la época de los grandes descubrimientos geográficos y la gran revolución industrial, Europa ha dado a conocer su lado científico-artístico que le brindaría la muy anhelada civilización, aparte del lado cristiano del cual se adueñó durante la Edad Media. **Un muy prestigioso historiador contemporáneo alemán – Hagen Schulze- trató por todos los medios de robustecer su alegato que suena más o menos de esta forma : "Europa nunca firmó una alianza para algo en concreto, sino solamente en contra de algo."** Tal vez quiso decir que a lo largo de las temporadas, Europa se posicionó en contra de ella misma, por permitir que se incrementaran un sinnúmero de choques y encontronazos entre las naciones cuyo típico argumento era abastecerse de más territorios, como si no les fuera suficiente los que ya tenían. Basta con acordarnos del Congreso Internacional de Paz de Viena, que tuvo lugar entre 1814-1815, justo después de la crucial batalla de Waterloo que selló la suerte de Napoleón para mal, tras

haber sido fulminantemente derrotado por las tropas dirigidas por el duque inglés de Wellington. Tal congreso fue convocado para llevar a la mesa de debate temas de gran trascendencia como sería la intención de reconfigurar el continente, teniendo como punto de partida dos criterios entorno a los cuales giraría todo el proyecto : no alterar el equilibrio entre los grandes poderes y respetar la legitimidad de los antiguos regímenes políticos y de las dinastías ya existentes. Y a pesar de que tras haberles sido asignados más o menos territorios a los principales estados europeos, engendrando lo que se conoce bajo el mote de "El nuevo orden", ellos no se conformaron ni siquiera con eso, persistiendo las tensiones expansionistas entre los superpoderes, en el caso del conflicto austro-ruso-otomano que se prolongó hasta que se dio por terminada la Primera Guerra Mundial. Pero entre 1853-1856, en el espacio balcánico irrumpió una beligerancia atroz bajo el alias de "La crisis oriental", auspiciada por el fenómeno de colapso y desmoronamiento de la influencia del Imperio Otomano y el increíble despegue de alas de Austria y Rusia que ambas se proponían sigilosamente apoderarse del legado turco en el este del continente. Durante el período del cual hice mención arriba, la así-denominada Crisis oriental llegó a profundizarse hasta tal calibre y envergadura que lo que siguió después fue lo que en los anales históricos se conocería como La guerra de Crimea, un tipo de combate detonado por los rusos en contra de los turcos, de cuyo lado se posicionaron luego Inglaterra y Austria, que mostraron su disgusto por la alteración del equilibrio europeo. No vamos a ahondar más en el tema, ya que solamente era un simple ejemplo de cómo los estados europeos suelen pisotear las alianzas de las que participan por su propia voluntad, sin asumir los riesgos de su codicia desmedida de

poseer más territorios para empalagar su ego como los caimanes o los buitres.

Retornando a la novela histórica Il gattopardo , el personaje principal de la obra –el Príncipe Fabrizio Corbera di Salina, el exponente de la aristocracia, no puede ser más versátil en sus convicciones que lanza sin el menor pudor a los cuatro vientos, provocándoles a los lectores un fuerte choque de emociones al afirmar con una pincelada constante de ironía que “todo cambió para que todo siguiera igual”, apuntando que el fenómeno del Risorgimento fue algo infausto y descabellado al mismo tiempo, comparable con una comedia de pacotilla, que no pasó de ser algo meramente aletargador para la sociedad italiana en su totalidad. Aseveración que no les sentó nada bien a los sostenedores de dicho fenómeno que lo percibían como el pistoletezo de salida hacia una sociedad que mejor fomentara el liberalismo entre todas las clases sociales, sin distinción alguna, sin que prevaleciera el concepto antiguo del derecho divino de los reyes/emperadores, conforme al cual el poder del cual ellos gozaban a sus anchas provenía directamente de Dios.

Pero algo que sobresale desde el principio es nada más ni nada menos el hecho de que en la novela se le hace mención a una palabra muy llamativa–“bagascette” , que significa que las mujeres en ese entonces no podían ejercer su derecho de voto, restricción que se prolongaría hasta después de la Segunda Guerra Mundial. Y eso que se pregonaba a los cuatro vientos que la unificación de Italia traería consigo solamente beneficios y ganancias para todos en concreto. Como uno de los temas centrales del libro es el ocaso de la aristocracia – la cosa más cercana a un régimen supresor y opresivo, **hay otro símbolo del Risorgimento que no podemos perder de vista** : la figura del inmarcesible Giuseppe Verdi, el compositor italiano por

excelencia, cuyas aristas en gran parte ponen en pinganitos el tema de la contienda /lucha enfebrilizada por la libertad, porque la libertad es uno de los aspectos más polémicos y que más han despapado han causado en las sociedades humanas a lo largo de los siglos. La libertad en esta novela ha representado un ideal-clave, sin el cual el ser no puede progresar de ninguna forma, ni puede aspirar a otros ideales, porque éste es el principio y final de todos los demás ideales.

Lo que es alucinante y notorio en esta obra (algo que puede ser identificado en la sociedad de hoy también) es el hecho de que, tras dejar pasar algún que otro tiempo después de la unificación de Italia como estado nacional, muy pocos muestran su fé hacia la resolución tomada por el plebiscito, resolución que les parece nada aposentadora, incierta a largo plazo y hasta superficial, generando una ola de gran desconfianza en este Nuevo Orden que supuestamente tenía que ser de muy buen augurio/muy verosímil/fidedigno en toda la extensión de la palabra. **Porque si bien nos fijamos en el panorama socio-político de hoy en día, el cambiar de presidente o de gobierno no presenta ninguna garantía de que las cosas vayan marchando en una dirección más favorecedora o más alentadora**, al contrario, las cosas permanecen iguales o hasta peor de lo que estaban. Es la misma cosa que sucede en la novela *Il Gattopardo*, sólo que en otra época y en otro contexto. Pero la esencia es prácticamente la misma.

Muchos ciudadanos no han cesado de abogar por el modelo propuesto por los clásicos de la filosofía contractualista –John Locke y Jean Jacques Rousseau, o sea por el modelo estatal basado en la “soberanía del pueblo”, que surgió de manera consensual, teniendo como pilar la voluntad colectiva que hace hincapié en la identidad de opiniones y tiende a objetivizarse a nivel político a través de las leyes/sanciones,

contando con el apoyo de la adhesión, de las prácticas voluntarias y del sacrificio mutuo para poder de esta forma garantizar de alguna manera la libertad, la igualdad y la propiedad a base de colocar limitaciones recíprocas, descartando desde el principio las formas patriarcales o absolutistas de gobernación. **Hay en el campo de la filosofía un término en alemán muy abarcador, pero también muy subjetivo conocido bajo el nombre de “Weltanschauung”,** que literalmente significa “mirada hacia el mundo”, partiendo desde la hipótesis de que el fulano/individuo tiene su propio concepto sobre el mundo en el que está viviendo, sobre la vida y la existencia misma. ¿Pero qué pasa cuando tratamos de aglutinar a todos los miembros de una sociedad/de un país entero a la vez? ¿Qué pasa cuando están todos juntos y revueltos a la vez? ¿Acaso nos podemos siquiera imaginar cuántas opiniones/cuántos conceptos sobre el mundo, la vida y la existencia humana están en juego? ¿Y qué es lo que sucede cuando estas opiniones entran en colisión las unas con las otras? ¿Cómo le hacemos para conservar la individualidad e independencia de cada una de ellas? El muy diestro y experimentado politólogo italiano Giovanni Sartori muestra una apetencia en particular por dos parejas de términos diametralmente opuestos a primera vista : pluralismo-conflicto y pluralismo-consenso. Pero Sartori parece seguirle muy de cerca los pasos a Kant de la siguiente forma : tal como Kant no rechazó por completo ni la intervención de la facultad de razonamiento, ni la de la sensibilidad, concediéndoles a cada uno en parte su debido porcentaje de credibilidad en lo que concierne el perímetro de las ciencias, de la misma forma Sartori se dispone a proceder con el otorgamiento de su voto de confianza tanto hacia el conflicto, como hacia el consenso, destacando muy recalcadamente que para él los dos son igual de

importantes y fundamentales para una comunidad democrático-liberal, por ende no puede hacer ningún tipo de diferenciación entre ellos, siendo condescendiente con ambos en partes iguales, pues según su modo de parecer, cada uno en parte cumple con una función bien precisa de tal manera que sería una idea disparatada mantenerlos lejos el uno del otro, destruyendo el equilibrio que se forma cuando están en conjunto. Dice el mismo Sartori que dentro de una sociedad ampliamente democrática, el consenso más importante y primordial recae sobre las reglas de resolución de los conflictos, consenso que se denomina como "la regla de la mayoría", pero otros dos autores imprescindibles en las ciencias sociales de la talla de Alexis de Tocqueville y John Stuart Mill alegan que en múltiples ocasiones la regla de la mayoría puede hasta llegar a convertirse en una tremenda pesadilla para la sociedad de índole democrático, rompiendo todos los esquemas tras ubicarse como "la tiranía mayoritaria", que a leguas se nota que es incompatible con el concepto genuino del pluralismo.

En su destacadísimo "Leviathan", el filósofo inglés Thomas Hobbes no puede mantenerse al margen sin ofrecer su propia perspectiva sobre la noción de "conflicto" que tanto ha dado de qué hablar. Hallándose en el estado natural, el ser humano está obviamente expuesto a muchos peligros y obstáculos que surgen de manera inminente, ya que en tales condiciones prevalece la así llamada "guerra de cada uno contra todos los demás", guerra que constituye la razón principal por la cual los individuos deciden emprender una colaboración de manera voluntaria que suponga un contrato social de por medio, a través del cual ellos están plenamente de acuerdo en transferir sus poderes a cargo del estado, cuya legitimidad y conformidad estarían sujetas a la obligación del mismo de garantizarles ilimitadamente la seguridad colectiva.

De hecho, hay una gran abundancia e infinidad de perspectivas y visiones desde ángulos distintos sobre el concepto de la política. Pero nosotros vamos a resaltar estrictamente el conjunto pluralismo-política, haciendo juicio recto de él, sin necesidad de exponer todas las convicciones a un ángulo abierto a toda plenitud hasta los 360 grados, sino única y exclusivamente desde el punto de vista del pluralismo, que reconoce la política percibiéndola como si le asignasen el papel de mantener y preservar la paz, tal como si fuera traedora de paz. Y como la esencia/la naturaleza misma del pluralismo es la separación, las líneas de demarcación de un cierto terreno, las divisiones, de aquí brota la imagen conforme a la cual el pluralismo se encarga de trazar una línea firme de demarcación entre la esfera de la Iglesia y la esfera del estado, de tal manera que no impida y se suspenda rotundamente la potencial edificación o construcción de un centro único de poder, como en el caso del absolutismo, que daba muchísimo crédito al derecho divino de los reyes. El mero hecho de estar separando estas dos esferas para que obraran independientemente la una de la otra dará lugar a la cristalización de lo que se conoce bajo el nombre de “política de rotación/ política de alternación al poder”, manteniéndose en pie la idea de que el orden social no es divino ni debe permanecer inalterado para toda una eternidad, sino es el fruto de una colaboración voluntaria de los próximos ciudadanos que renunciaron a sus libertades máximas en pleno estado de naturaleza para que el estado se hiciera cargo de colocar leyes y sanciones con el propósito de velar por los derechos inalienables de cada fulano en parte.

Siguiendo la doctrina de un pensador muy prolífico para el campo de las ciencias sociales –Karl Popper, que fue el acuñador de los sintagmas “sociedad abierta” y “sociedad cerrada”, es ya momento de insertar el

pluralismo en toda esta ecuación para que el efecto sea uno muy interesante y sofisticado a la vez – la sociedad abierta sería en este caso, tras haber mezclado con la cucharra (metafóricamente hablando) el detalle de índole pluralista, una sociedad elástica, pero no al extremo de estirla hasta el punto de romperse, de fragmentarse, asentada sobre la base de la tolerancia, del espíritu racionalista, del consenso, en la que los nuevos miembros que decidan ser inseridos en el seno de la comunidad política no se vayan a tropezar con que son de alguna que otra forma víctimas de ciertas discriminaciones.

Giovanni Sartori, del cual ya hemos hablado con anterioridad, sostiene su punto de vista de acuerdo con el cual uno de los rasgos peculiares de la sociedad democrático-pluralista es la presencia necesaria de unos “cross-cutting cleaveages”, o sea la coexistencia de unos grupos o conjuntos múltiples entre los cuales debe de existir una línea clara de demarcación, pero que a veces causan interferencias entre si mismos. Prosigue Sartori, aún más vehemente, que a estos grupos nadie /ningún órgano estatal les debe imponer o dictar qué evolución deberían de tener, a qué ideología o convicciones se tendrían que acoplar, qué camino o rumbo tendrían que seguir, adónde tendrían que ir a parar etc. Ellos por si mismos deben de tomar estas decisiones vitales para su progreso dentro de la sociedad pluralista, sin que nadie les sople una sola palabra, sin le nadie se intrometa en sus resoluciones por más erróneas o desacertadas que estas fueran. Y Sartori está bien empeñado en que la ausencia de estos grupos sería un tremendo desastre para la sociedad pluralista, porque estaría a punto de provocar el efecto indeseable e infortunado del tribalismo social, que consta de estar muy ligado al grupo al cual uno pertenece, desestimando, ignorando y descartando la importancia de los

demás grupos que prácticamente son parte de la misma sociedad. El pluralismo no se puede sostener en pie si es un pluralismo torcido o no surge de una forma natural, sino entonces cuando estos grupos pudieran ser equilibrados hasta cierto punto por afiliaciones múltiples o entonces cuando se pudiera conseguir un cierto equilibrio entre la multitud y el enlace/la cohesión. Pero cuando estos grupos tienden a homogeneizarse y a consolidarse, el pluralismo otra vez se encuentra en grave peligro, engendrando dos tipos de acontecimientos desparejados y confusos que desatan tremendo soponcio en la configuración y estructura sociales : dan lugar o a un tipo de sociedad segmentada, cuyas subcomunidades son autónomas y visiblemente defensivas, o a un tipo de sociedad quebrantada, cuyas subcomunidades se notan muy belicosas y por los poros se les sale la tendencia hegemónica, con ínfulas de salir triunfantes unas ante las otras. En ambos casos, la paz social no tiene cabida en ningún rincón. Obviamente es mil veces preferible que estos grupos llamados cross-cutting cleavages se desarrollen de una manera natural, habiendo de por sí una línea de demarcación clara entre ellos, que eviten ciertos percances que puedan pasar a mayores como el hecho de llegar a producirse la temible homogeneización, o a permanecer bien alejadas del tribalismo social, del tradicionalismo y del conservadorismo.

Para cerrar con broche de oro este largo trabajo, donde traté (y espero haberlo logrado!) despejar ciertas incógnitas del terreno político-social, voy a remitirme una vez más a la novela histórica que es el centro de interés de este mi ensayo – Il gattopardo o El guepardo (como lo prefieran), que tal parece tener una gran e innegable semejanza con la situación política que estamos hoy en día presenciando casi alrededor de todo el globo, situación que no es para nada grata, pero que de

todas formas debemos asumir con mucha seriedad, prestándole toda la atención posible para que luego no vayamos a lamentarlo, aunque ni mucho falta para que los lamentos hagan sentir su presencia. La novela expone desde todos los ángulos un estado de decadencia avanzada que es fácil de identificar en todos los sectores y esferas de la sociedad humana de ese siglo, que tiempo después, o sea en nuestro tumultuoso presente, veríamos recrudecer, pero no de cualquier forma, sino con más fuerza e ímpetu, tornándose algo insoportablemente invadible. La política siempre fue un territorio abierto a los ciudadanos, donde ellos deben invertir atención y responsabilidad, actuando de una manera prudente y racional por encima de todo, escogiendo la opción que mejor les acomode no solamente a ellos, sino a los demás también. La política supone por parte de los ciudadanos mucha solidaridad y menos egoísmo, menos atendiendo tu propio interés, sino obrando para construir el bien colectivo antes que el bien privado. Como se puede notar sin traer anteojos, porque hasta el más ciego de los ciegos lo podría percibir, hoy en día los ciudadanos actúan de una manera interesada, para ampararse mejor a sí mismos antes que amparar a toda una colectividad de personas, rehusándose a colaborar en el sentido de crear una cierta unidad entre los individuos.

Ante tal situación, ¿el progreso que tanto invocamos de dónde podría surgir? No me queda más que mencionar unas cuantas palabras (aunque no sé hasta qué grado sean polémicas) del poeta Giacomo Leopardi, en su famosísima obra "La ginestra" (en traducción, La hiniesta) : "magnifiche sorti e progressive", que hacen irónicamente referencia al concepto del progreso humano, ya que Leopardi muestra a raíz de estas fulminantes palabras su reacción escéptica y poco fiadora en lo que respecta el optimismo ingenuo o hasta un tanto naíf

de los filósofos de aquella época que profesaban una confianza excesiva en la naturaleza humana, que según sus convicciones, era capaz de dar un salto enorme en cuanto al progreso y evolución se refiere. Viéndolo a través de los ojos comunes y corrientes, en vez de decantarnos por los ojos cuidadosamente meditabundos de los filósofos modernos, uno tiende a tener sus reservas por lo que le toca a la naturaleza humana capaz de progresar. Claro que hemos progresado muchísimo en términos de medicina, ciencia y tecnología, pero hemos tenido una involución en muchos otros aspectos, por lo que no somos capaces de alcanzar la paz y la solidaridad entre nosotros. Pero tampoco podemos rechazar por entero la idea del progreso de la humanidad. Tal vez más adelante se llegue a producir y pueda echar raíces. Toca solamente quedar a la espera de eso...